

De unas damas os hallásteis  
Que en el mismo barrio viven.

DON JUAN.

Mas fui despues bien distante  
De allí, á casa conocida  
De todos.

EL REY.

¿Dónde?

DON JUAN.

A la calle  
De Santiago, y á la casa  
Del oidor Palomares.

EL REY (*al alcalde*).

Que es á poco mas ó menos  
Frente de la vuestra.

OSORIO.

Casi  
Frente á frente.

DON JUAN.

Y bien pudísteis  
Cuando de ronda os marchásteis,  
Verme; en su balcon estábamos  
Por el calor.

OSORIO.

No era fácil  
Que os distinguiera, la noche  
Era muy lóbrega.

EL REY.

Tales  
Son sus señas, que engañado  
Podeis estar vos, alcalde.

OSORIO.

Señor, bien pudiera ser,  
Que todo en lo humano cabe,  
Mas no lograis convencerme,  
Y no habré de retractarme.

DON JUAN.

La enemistad que me tiene,  
Señor, no puede ocultarse,  
Y puede ser que si yo  
Su acusador me tornare...

OSORIO.

¿Vos mi acusador? de qué?

DON JUAN.

De lo que á mí me imputásteis.

OSORIO (*al rey*).

Señor, oís?

DON JUAN.

Es sabido  
Que debíais heredarle,  
Y aunque pasais por ser hombre  
De una conducta intachable,  
De costumbres muy severas,  
De generosidad grande,  
Yo tambien pasé por noble,  
Sin que hasta hoy se me negase  
Vator que está bien probado,

Y me acusais de cobarde:  
Perdonad, pues, si os acuso  
De avaro, señor alcalde,  
Pues las pruebas que alegamos  
Ambos á dos son iguales.

EL REY.

Ya veis que os devuelve, Osorio,  
La acusacion y el ultraje  
Con razones de igual peso.

OSORIO.

Señor, para sincerarme  
De esa acusacion tendremos  
Pruebas mas incontestables,  
Testigos de entero crédito  
Y cuentas harto cabales.  
Negar, no es probar que es falsa  
La acusacion.

DON JUAN.

Creo en balde  
Vuestro empeño, señor juez,  
Si testigos que declaren  
No teneis, ni prenda, ó rastro  
Que me descubra ó delate  
Como autor de tal delito.  
Fui su enemigo, las paces  
Se hicieron de orden del rey  
Ayer mismo aquí, y ¿quién sabe?  
Si otro enemigo escondido  
Halló ocasion de vengarse,  
Dando por cierto que á mi  
Su obra habian de achacarme?  
¿De una estocada traidora  
Decís, y entre dos matáronle?  
Hallad, si podeis, el otro  
Que tuvo que acompañarme,  
Y si él dice que por mí,  
Y mientras yo por delante  
Con él reñí, por detrás  
El le asesinó cobarde,  
Aun faltará que nos prueben  
Que yo le dije que obrase  
De este modo, ó por su antojo  
Dió en vileza semejante,  
Porque decir que á un Osorio  
Así ha podido matarle  
Un solo hombre, dándole á él  
Tiempo para prepararse,  
Cosa es que creerán no mas  
Que mujeres, ó patanes,  
Que no conocen por zafios  
De las armas los achaques.

EL REY.

Alcalde Osorio, bien dice,  
Y pues se encontró el cadáver  
Con la espada todavía  
Empuñada, es indudable  
Que sucumbió defendiéndose:  
Que solo un hombre matarle  
Con golpe tal no ha podido;  
Y que siendo en este lance  
Necesarios dos, y habiendo

Solo uno, es fuerza que baste  
De injustas acusaciones;  
Echad, pues, por otra parte,  
Y en paz dejad á don Juan,  
Que os perdona lo que errásteis.

OSORIO.

En paz se vaya, Señor:  
Mas que en su vida no aparte  
De la memoria, que yo  
He de encontrar al culpable  
O he de morir en la empresa.  
Con que á su alma demande  
Si está culpado ó si no,  
Porque aunque diez años pasen  
Yo tengo de dar con él  
Y para Dios nunca es tarde.

Y así el alcalde diciendo  
Del aposento se sale,  
Dejando al rey y á don Juan  
Bruscamente.—Dispensarle  
Debeis (dijo Don Felipe)  
Porque sin juicio le trae  
El duelo por su sobrino.  
Pero es de los mas sagaces  
Hombres que existen, Don Juan,  
Y al fin es fuerza que indague  
La verdad; si la sabeis  
Decidla y será mas fácil  
Perdonaros, confesando,  
Que cuando el juez os ataje.  
—Señor, llegado á tal punto,  
Dijo Don Juan, no me cabe  
Mas deber para cubrirme  
De imputacion tan infame,  
Que el de callar y pedir  
Pruebas ciertas y legales.  
Me acusa, pues que demuestre  
Su acusacion, ó el ultraje  
Me satisfaga, que en ello  
Tan villanamente me hace.

## CAPITULO VI.

*En donde se demuestra que el juez era hom-  
bre que lo entendia.*

Terrible y fatigosa  
Fué la noche que el juez consigo mismo  
Pasó luchando; triste y angustiosa  
Pesadilla interior; su ánimo acosa.  
Su probada experiencia,  
Su pericia y su gran conocimiento  
De los hombres y el mundo,  
Han dado á su conciencia  
Ciego, íntimo, profundo,  
Formal convencimiento;  
De que solo Don Juan de su sobrino  
Pudo ser el incógnito asesino.  
Pero por mas que en su agitada mente  
Resuelve los indicios y sospechas,

De que asaltada sin cesar la siente,  
Conoce que es su fuerza insuficiente  
Y que en el aire están fundados y hechas.  
Al preguntar el Rey al caballero,  
Y al contestar Don Juan á sus preguntas  
Ha comprendido bien su ojo certero  
Que tras de su semblante noble y fiero  
La astucia y la maldad estaban juntas,  
Y que temblaba el corazon culpado  
Tras la serena faz del acusado.  
Si del crimen capaz no hubiera sido,  
Decia el juez, ¿hubiérale ocurrido  
Que otro por ambicion lo que él por ira  
Hubiera cometido?

¿La mano de un solo hombre no ha podido  
Causar herida tal? ¿Sueño, mentira!  
En los lances de un duelo  
No hay imposible golpe: no hay certera  
Comprension que desmienta ó asegure  
Lo que en manos no mas está del cielo.  
No... si un hombre bizarro se defiende,  
Y un raudo esfuerzo del que triunfo espera  
Le falla, ó un tropiezo cualesquiera  
Del enemigo ante los piés le tiende,  
¿Quién dice que un traidor á salva mano  
Si una venganza desleal pretende,  
No le asesta á su vez golpe villano  
Que al mas perito incomprendible sea  
Como él ejecutarle no le vea?  
¿Quién es el que asegura  
Que al hidalgo en las armas mas maestro,  
Acometido en una noche oscura  
Por quien si débil mas, siendo mas diestro,  
Con una estratagema prevenida,  
Conociendo del otro la nobleza  
No le puede quitar, por vil destreza,  
Con la serenidad la noble vida?  
¿Quién afirmar podria  
Que el mas noble y valiente caballero,  
De cólera embriagado,  
Y en el apuro del combate fiero,  
Del triunfo con la sed no intentaria  
Lo que él mismo á pensarlo á sangre fria  
Mirára como bárbaro atentado?  
Y de este modo Osorio discurria  
Inventado maneras y ocaciones,  
Tomando y desechando á un tiempo mismo  
Por buenas y por vanas sus razones.  
Revolvia afanado en su memoria  
Los recuerdos que inquieta le traia  
De su azarosa juventud la historia.  
Los azares y golpes de fortuna  
Que oyó contar, ó presenció en la guerra,  
Que en tiempo antiguo y conquistada tierra  
Se vió á hacer obligado  
Con el Emperador: y una por una  
Las lecciones contaba  
Que del maestro en la niñez tomaba,  
Y los distintos golpes  
Que habia en ellas recibido y dado,  
Mas con el golpe matador no daba.  
Y al fin, en tal vigilia  
Y en tal desasosiego

La aurora le cogió: del lecho fuera  
Despechado saltó; vistióse luego,  
Y á la calle salió calma buscando  
En la frondosidad de la pradera,  
Y en el ambiente perfumado y blando  
Que deja tras de sí la primavera.  
Pálido, distraído,  
Sin objeto ni término cruzaba  
Las calles y las plazas, absorbido  
En la idea fatal que le acosaba.  
Bajó del Espolon á las moreras,  
Y mil veces cruzó desatinado  
Del uno al otro lado,  
Hasta que del Pisuerga en las riberas  
Se tendió fatigado  
Callado, melancólico y sombrío,  
Distraición no encontrando ni consuelo  
En las ondas monótonas del río,  
Tornó los ojos suspirando al cielo.  
Y en el día azul que el sol de oriente  
Bañaba en resplandor, buscaba en vano  
Un rayo que á su mente  
Inspirara un impulso soberano.  
Y así por largo trecho  
Contempló vagamente,  
Al son de los latidos de su pecho  
Las nubes, que extendiendo lentamente  
Sus contornos formados de vapores,  
Pasaban impelidas por el viento,  
Cambiando de contornos y colores  
Y manchando el azul del firmamento.  
Y en tanto así que en la inacción yacía  
Pasaba el tiempo y avanzaba el día.  
Mas he aquí que instigado  
Por feliz pensamiento repentino  
Se levantó agitado:  
Y blandiendo la vara con que muestra  
La noble autoridad de su destino,  
A manera de espada,  
Cual á un ser invisible acometiendo,  
Marcó lanzando un grito una estocada  
En el aire, soltó una carcajada,  
Y echó de la ciudad por el camino  
De este modo diciendo:  
"Déjeme Dios de su divina mano  
Si no cae en la red ese villano."

Tornó á su casa; entróse en su aposento,  
Y el ropon y la vara abandonando  
Hizo que le sirvieran al momento  
Traje comun, que sin insignia alguna  
De autoridad ni mando  
Sobre él no fuera la atención llamando.  
Cinóse á la cintura  
Largo y templado estoque toledano,  
Y cambiando del todo su figura  
Tornándose de juez en cortesano,  
Con gentil apostura  
Y sereno semblante,  
Hacia la casa de don Juan tomando  
Las calles adelante  
Llegó á su puerta, y recibido en ella,  
Do se hallaba don Juan se entró arrogante.

DON JUAN.

¿Quién á mi cuarto llega de este modo?

OSORIO.

Soy yo, señor don Juan, y en dos palabras  
Vais á entenderlo todo.  
Anteanoche German murió en la calle,  
Y á mí se me ha metido en la cabeza  
Que nadie mas que vos pudo matarle;  
No hay prueba que atestigüe  
Del hecho la certeza,  
Ni hay modo de que nada se averigüe.  
Mas como quier que sea,  
Y en vista de que el reo no parece  
Tanto mi duelo y mi coraje crece,  
Que yo os vengo á sacar á la pelea.

DON JUAN.

Señor juez.

OSORIO.

Señor mío,

Yo tambien soy Osorio; y el postrero  
De vuestra raza vos, yo de la mía,  
El uno contra el otro en este día  
Nuestro odio y nuestro brío  
Mostrando, uno de entrambos de la vida  
Es preciso don Juan que se despida.  
Con que así sutilezas apartemos  
E inútiles escusas,  
Y salgamos al campo y acabemos.  
Mozo sois y valiente;  
Y aunque empieza el cabello  
Un poco á encanecer sobre mi frente,  
No ha perdido por ello  
Mi corazón y brazo la firmeza  
Que requiere nuestro odio y mi nobleza.

DON JUAN.

Miradlo, señor juez, maduramente,  
Vos sois quien viene á provocarme al duelo,  
Y yo porque ninguno torpemente  
Sospeche acaso que me dais recelo,  
Y porque sois el agresor, el trance  
Admito solamente.

OSORIO.

Bueno está: protestad lo que quisiéreis,  
Que yo por satisfecho  
Del todo me daré, como os batiéreis,  
Y echad la culpa sobre mí de lo hecho.

DON JUAN.

Ved que os repito, Osorio. . . .

OSORIO.

Concluyamos:

Si no admitís el duelo no os estrañe  
Que do quier que os encuentre  
A cuchilladas por cobarde os entre.

DON JUAN.

Vive Dios!

OSORIO.

Así os quiero.

DON JUAN.

Vamos.

OSORIO.

Vamos.

Y tomando en la calle al caballero  
Que primero encontraron por padrino,  
Con largo paso y continente fiero  
Al campo enderezaron el camino.

Por fuera del Campo Grande,  
Y á sombra de las paredes  
De su cerca están con brío  
Osorio y don Juan batiéndose.  
Es hombre el juez de buen brazo,  
Y grande experiencia tiene  
De las armas, y aunque diestro  
Es don Juan, recio y valiente,  
El juez le busca las vueltas  
Tan sagaz, y le acomete  
Con tal prisa, que don Juan  
Con trabajo se defiende.

El padrino que contempla  
En silencio el duelo, teme  
Por el mozo, aunque tal vez  
Ve en Osorio que no quiere  
Quitar á don Juan la vida  
Que ha podido ya dos veces.  
Con vigor se baten ambos,  
Mas don Juan terreno pierde,  
De tal modo que la espalda  
Casi junto al muro tiene.  
En aquel trecho del muro  
Se abría precisamente  
Un postiguito escusado  
Del huerto perteneciente  
A los padres capuchinos:  
Y allí es á lo que parece

Donde Osorio á su contrario  
Quiso llevar diestramente.  
El padrino que á don Juan  
Vió cerca de los dinteles  
Del postigo, á tropezar  
Próximo si no lo advierte,  
Y á caer por un percance  
Del terreno, fué á ponerse  
De aquel lado porque entrambos  
A terreno igual viniesen.

Mas en el instante mismo  
En que él empezó á moverse,  
Y hacia el lado de Don Juan  
Ganó la vuelta, con fuerte  
Voz exclamó el diestro juez:  
"No le asesines, detente!"  
A esta voz volvió Don Juan  
Por la derecha, y metiéndole  
El juez su espada de pronto  
Por el costado al volverse,  
Dijo: "esta fué la estocada  
"Que á Don German dió la muerte,  
"Y tal se la disteis solo  
"Aunque hecha entre dos parece."  
Don Juan al oír al juez  
Este hablar tan de repente,

Y la espada por su taza  
Asegurada sintiéndose,  
Palideció, y sin aliento  
Quedó del de Osorio enfrente.  
Quiso mediar el padrino  
Que nada de esto comprende,  
Dando por vil el combate  
Y acabado malamente;  
Mas envainando su estoque  
El alcalde, é imponiéndole  
Silencio, dijo al mancebo:  
"Don Juan, la vida debeisme,  
Pues si hago encarnar mi espada  
Por ahí os entra la muerte;  
Mas solo quise marcaros,  
Don Juan, y poner patente  
Que esa estocada es la vuestra  
Negadlo ya si pudiéreis."  
Y de esta manera Osorio  
Con firme ademán diciéndole  
Dándoles á ambos la espalda  
Se alejó de ellos riéndose.

## CONCLUSION.

EL REY.

Osorio, no os canseis: será posible  
Como vos lo decís, mas no indudable  
Cual la ley lo requiere:  
Y me habeis de encontrar inexorable

OSORIO.

Sea, señor, pero de vos apelo. . . .

EL REY.

¿De mí? ¿y á quién?

OSORIO.

Al tribunal del cielo.

Hay un Dios, cuya ciencia es infinita:  
Cuya suma justicia es infalible;  
Cuyo castigo el mas sagaz no evita  
Y que al justo protege  
Y ante cuyo poder fuerza es que ceje  
El humano poder, y en quien confío  
Que si aquí la razon está en mi abono  
La declare por fin en favor mio.

EL REY.

Mas yo no alcanzo. . . .

OSORIO.

Si Don Juan me jura

Sobre los sacrosantos Evangelios,  
Y al lado de la abierta sepultura  
De mi sobrino Don German de Osorio,  
Que no tuvo en su muerte parte alguna,  
Y evoca su cadáver por testigo  
En el nombre de Dios, doy por notorio  
Que es inocente, y sobre mí tan solo  
Como calumniador caiga el castigo.

EL REY.

Sea como decís: mas ¡vive el cielo

Que si jura Don Juan, como os lo digo,  
Que morís en vez suya,  
Sin que atienda en tal caso mi justicia  
Razon alguna que por vos arguya!

OSORIO.

Acepto la partida,  
Señor: mas creo en Dios sinceramente,  
Y si Dios me abandona claramente  
Perderé, no la fé, mas sí la vida.  
Porque os juro, señor, que si llegara  
A faltarme esta fé solo un momento,  
Por no caer en la duda me matara.

EL REY.

Pues aporntad lo que haga á vuestro intento  
Para que preste ese hombre juramento:  
Mas sin con prueba tal no da aun certeza  
Acepto por la dél vuestra cabeza.

Y con palabras tales  
Despidió el rey Felipe al juez Osorio:  
Y del juicio de Dios fallo inconcuso  
A aquel sangriento caso apeteciendo  
Cada cual á aceptarlo se dispuso.

Y apenas aquella noche  
Tendió su manto de sombra  
Por las animadas calles  
De la ciudad bulliciosa,  
Cuando de un gótico templo  
En una capilla lóbrega  
Lentamente se reunian  
Hasta unas doce personas.  
El obispo diocesano,  
Vestido cual la católica  
Iglesia requiere en sus  
Sacrosantas ceremonias,  
Estaba junto á un sepulcro  
Sentado en una poltrona,  
Y á su izquierda el juez Osorio  
Con su golilla y su toga.  
Don Juan estaba tambien  
Allí, apartado en la sombra  
De un ángulo, con altiva  
Espresion irreligiosa.  
Los demas eran dos pajes  
Del obispo, y las muy doctas  
Personas de dos canónigos,  
Y curas de la parroquia.  
Pasaron breves momentos  
De quietud tan silenciosa  
Entre aquellos personajes,  
Y el reloj marcó la hora  
De las siete de la noche:  
En cuyo punto con torva  
Faz entró el rey Don Felipe  
En la capilla. Con honda  
Reverencia saludáronle  
Todos, y todos con corta  
Inclinacion de cabeza  
Contestando: ¿están ya todas  
Las cosas dispuestas? (dijo),  
Y á un sí de la voz sonora

Del obispo, replicó  
El rey: manos á la obra.  
Con la régia dignidad  
Que resalta en su persona,  
Marcó á cada cual el sitio,  
Y obligacion que le toca,  
Púsose el obispo en pié;  
Alzaron la suelta losa  
Del sepulcro que hay en medio  
De aquella capilla gótica;  
Y descubierto el cadáver  
De Don German, por las hojas  
De los santos Evangelios  
Abriendo un misal, y antorchas  
Aprosimando á sus páginas,  
Con tono que no denota  
Ira ni piedad, el Rey  
Dijo á Don Juan:—"Hoy evoca  
"Don Miguel de Osorio el alma  
"De este mozo, á quien traidora  
"Mano mató, en contra vuestra,  
"Porque accion tan alevosa  
"Os atribuye: y del cielo  
"La justicia protectora,  
"Porque muestre si culpado  
"Estais ó inocente, invoca.  
"Si con una mano puesta  
"En las sacrosantas hojas  
"De estos santos Evangelios,  
"Y en el cadáver la otra,  
"Jurais que no fueron ellas  
"De su asesinato autoras,  
"Y no hay antes un testigo  
"Que declare en vuestra contra,  
"Quiere Don Miguel de Osorio  
"Que recaiga en su persona  
"El castigo que las leyes,  
"Por calumniador le impongan.  
"Jurad, pues, señor Don Juan:  
"Y de los cielos la cólera  
"Invocad contra el culpable  
"Que en el misterio se emboza,  
"Y el testimonio del cielo,  
"Para quien oculta cosa  
"No hay en la tierra, que el velo  
"De su misterio descorra."—  
Dijo el rey, y dió Don Juan  
Un paso adelante, pronta  
Obediencia al rey mostrando  
Y la serenidad propia  
De quien inocente está:  
Tendió una mano á las hojas  
Del santo libro, espresion  
Dando á su rostro diabólica,  
Y estendiendo lentamente  
Hacia el cadáver la otra,  
Para hablar tomaba aliento,  
Cuando recias, secas, cóncavas,  
Dos aldabadas se oyeron,  
Que una mano vigorosa  
Dió en la puerta de la iglesia;  
Cuyas aldabadas roncadas  
Ahogaron de las palabras

Los sonidos en su boca.  
Por un instantáneo impulso  
De una universal zozobra  
Interior, quedaron todos  
Inmóviles, con recóndita  
Pavura esperando ver  
Quien llega así á tales horas.  
Un paje del rey á poco  
Entró con respetuosa  
Atencion, yéndose al rey  
Y anunciando la persona  
De un embozado, que dice  
Que allí su presencia importa  
Por testigo de la muerte  
De don Juan. Quedóse atónita  
La gente con tal anuncio,  
Y una sonrisa sardónica  
Contrajo los labios pálidos  
De don Juan, como quien honda  
Conviccion tiene de que es  
Imposible que deponga  
Nadie en esto con verdad,  
Por ser aquesta una historia,  
Como enredada improbable,  
Como oculta misteriosa.

Mas entrando á tal punto en la capilla  
Un sombrío embozado,  
Dijo al rey don Felipe de Castilla  
Al ataud de don German llegado:  
"Yo fui el solo testigo  
De la muerte de este hombre,  
Y que es don Juan el asesino digo:  
Puesto que él no osará de Dios en nombre  
Lo contrario jurar aquí conmigo."  
Dijo así el embozado:  
Y el son ignoto que su voz produjo  
En el pecho espantado  
De cuantos allí estaban, desusado  
Pavor hondo introdujo.  
El anciano prelado  
De agitacion recóndita movido,  
Preguntó con acento decidido  
A don Juan, que aterrado

Contemplaba al incógnito embozado:  
¿Jurais ó no? . . . y don Juan en un acceso  
De satánico orgullo y osadía,  
Tal vez de confianza con exceso,  
Sobre el sagrado libro del cristiano  
Tendió la abierta mano:  
Pero posada apenas la tenia  
Sobre aquella evangélica Escritura,  
Cuando la mano descarnada y fria  
Cuanto inflexible y dura,  
Del embozado incógnito sobre ella  
De repente cayendo,  
Y apartando el embozo,  
Hizo ecshalar al libertino mozo  
Un ¡ay! mortal, desesperado, horrendo.  
Cayó ante aquel incógnito de hinojos  
El misero don Juan: y en el testigo  
Misterioso y potente  
Claváronse á la par todos los ojos,  
Y á todos el misterio fué patente.  
Aquella en que se vuelve larga capa  
No un ser humano tapa:  
Cubre solo de bronce una figura,  
Emboza solamente una escultura.  
Inmóviles, absortos, sin aliento  
Mostrando en los serublantes su pavura  
Quedaron los presentes un momento  
Presa todos de un mismo pensamiento.  
Y entonces aquel sér á quien divino  
Aliento y ser anima,  
Así exclamó con sobrehumano acento:  
"Jamás se invoca en vano  
El favor de los cielos soberano:  
En una calle á mi mansion contigua  
Murió German: testigo del villano  
Crímen fuí yo: mas véngale mi mano;  
Yo soy el Crucifijo de la Antigua."

Quedó muerto don Juan: de la capilla  
Despareció en un punto la escultura,  
Y movido de la alta maravilla  
El juez Osorio, abandonó á Castilla  
Y murió de un convento en la clausura.